

Jue Evangelio del día

10

Sep

2015

Vigésimo tercera Semana del Tiempo Ordinario - Año Impar

Hoy celebramos: Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón (10 de Septiembre)

“Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 3,12-17:

Hermanos:

Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia.

Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.

Y por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad consumada.

Que la paz de Cristo reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados en un solo cuerpo.

Sed también agradecidos. La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente.

Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados.

Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Salmo de hoy

Sal 150 R/. Todo ser que alienta alabe al Señor

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.
Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza. R.

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,
Alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas. R.

Alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.
Todo ser que alienta alabe al Señor. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas (6,27-38)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«A vosotros los que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian.

Al que te pegue en una mejilla, preséntale la otra; al que te quite la capa, no le impidas que tome también la túnica. A quien te pide, dale; al que se lleve lo tuyo, no se lo reclames.

Tratad a los demás como queréis que ellos os traten. Pues, si amáis sólo a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien solo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo.

Y si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a otros pecadores, con intención de cobrárselo.

Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada; será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los malvados y desagradecidos.

Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

Reflexión del Evangelio de hoy

“y por encima de todo, el amor”

San Pablo, en esta parte de su carta a los colosenses, dirige a sus oyentes una serie de exhortaciones sobre actitudes y comportamientos que deben cuidar en sus relaciones y que no son sino manifestación de la nueva vida en Cristo que brota de la experiencia bautismal, del saberse elegidos y amados por Dios.

Bien podríamos tener este trocito de carta, pegado en la pared de nuestra habitación, para recordarnos de vez en cuando cuáles son los cimientos que construyen comunidad y confrontarnos con ellos.

Mirando mi propia vida y la de muchas comunidades comprendo que nadie puede dar lo que no tiene y que, aunque se pueda vivir un cierto tiempo haciendo el “esfuerzo” de “cumplir” con ciertas formas de convivencia, de nada sirve si el corazón no se deja evangelizar, si uno no se deja hacer por Dios en lo profundo. Estoy convencida de que sólo Él nos puede hacer misericordiosos, bondadosos, compasivos, humildes y pacientes; de que sólo podremos perdonar si hemos vivido la experiencia de acoger el perdón de Dios en nuestras vidas; de que la paz tan anhelada que buscamos es el don de la presencia del Espíritu que Cristo nos envía; que el Amor que posibilita la unidad, es fruto de un largo camino que tiene mucho más de gracia que de conquista.

Creo que este marco que Pablo nos presenta, más que verlo como un ideal muy bonito pero que nos puede frustrar porque parece imposible de vivir, podríamos acogerlo como un horizonte al que Dios nos va a ir llevando si somos suficientemente humildes para comprender que lo que no es posible para nosotros es posible para Dios y que todos estamos en proceso continuo de conversión.

Que nos dejemos habitar por la Palabra, para que ella, poco a poco, pueda ir transformando nuestros sentimientos, actitudes y gestos y haciéndolos parecidos a los de Jesús.

“Amad a vuestros enemigos”

Si la carta de Pablo a los Colosenses nos pudiera parecer una exigencia de vida que desborda nuestras posibilidades ¿Qué decir de la propuesta que nos hace Jesús en el Evangelio de este día? “Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian.” Pero ¿Cómo no vamos a despreciar a quien está haciendo daño? ¿Cómo es posible amar al enemigo?

Quizás para poder entender algo de esta propuesta lo primero que tenemos que hacer es contemplar la manera de ser y actuar de Dios: Él hace salir el sol “sobre buenos y malos, justos e injustos”; Él es el amigo de la vida y quiere que todos los hombres se salven”.

Toda la vida de Jesús, no es sino manifestación de este Dios que ama tanto a la creatura que lo único que desea es que se salve, que pueda encontrar el camino hacia la vida. Jesús denunció el mal en todas sus formas, pero se desvió por intentar curar y sanar a aquellos que lo cometían. Víctima de la violencia, su corazón no se dejó vencer por el odio, sino que al contrario “soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores. El Señor cargó con nuestros crímenes.” Y es precisamente su testimonio el que nos permite creer que el amor vence al odio y sólo él puede desarmarnos y transformar las raíces del mal que existen en cada uno de nosotros y de nuestro mundo.

Amar a los enemigos no significa ser tolerantes y pasivos ante el mal; éste siempre hay que rechazarlo y luchar contra él. Tampoco se nos pide que simpaticemos con el que lo comete. Pero sí es una invitación a responder ante él de una manera distinta a la lógica del ojo por ojo y diente por diente: es posible recibir violencia y no responder violentamente, se puede ser víctima de una injusticia y no responder cometiendo otra.

Como Jesús, hoy otras personas son testigos de esta manera de vivir y de responder ante el mal. Una de ellas, fue Monseñor Romero; por eso, me gustaría finalizar con las palabras que él mismo dirigió, en el funeral del Padre Rutilio Grande y de dos campesinos, a los asesinos de estos:

“¿Quién sabe si las manos criminales que cayeron ya en la excomunión están escuchando en una radio allá en su escondrijo, en su conciencia, esta palabra? Queremos decirles, hermanos criminales, que los amamos y que le pedimos a Dios el arrepentimiento para sus corazones, porque la Iglesia no es capaz de odiar, no tiene enemigos. Solamente son enemigos, los que se le quieren declarar; pero ella los ama y muere como Cristo: “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen.”



Hna. María Ferrández Palencia, OP
Congregación Romana de Santo Domingo

Beato Alfonso Navarrete y compañeros mártires de Japón

Misioneros dominicos en Japón

Los dominicos, llegados a Japón en 1602, establecieron su campo de misión en la isla de Kyūshū. A su llegada, ya había sido promulgado por Toyotomi Hideyoshi un edicto de persecución contra el cristianismo. Los tormentos que esperaban a los misioneros eran espeluznantes: crucifixión, decapitación, fuego lento, agua ingurgitada y expelida violentamente, agujas o cañas clavadas entre las uñas de los dedos y otras partes del cuerpo, la «horca y hoy», suplicio que consistía en colgar a la víctima por los pies en una horca sobre una fosa hedionda o un manantial de aguas sulfurosas, y en ocasiones la expulsión del territorio japonés.

A pesar de todo, al igual que otros religiosos, los dominicos tienen el coraje de entrar en aquel país donde ya habían derramado su sangre por la fe otros compañeros. Bajo la dirección del madrileño padre Francisco Morales llegan de Manila los cinco primeros dominicos que, asentados primero en Koshiki, extienden sucesivamente su campo de acción a otras regiones de Japón. A medida que estos pioneros de la misión dominicana van informando a los superiores de Manila sobre sus dificultades, arrestos y sufrimientos, se suceden las llegadas de nuevos operarios: los padres José de San Jacinto, Jacinto Orfanell, Juan de San Jacinto, Juan de Santo Domingo, etc. Arrostrando el ambiente adverso, van apareciendo jóvenes nipones que abrazan la vida religiosa o deciden defender la fe en Cristo desde su puesto como laicos.

Gracias a la relativa calma que reinó en la primera década del siglo XVII, nuestros misioneros pudieron desplegar su actividad en diversas zonas de la isla de Kyūshū e incluso llegaron a fundar iglesias en Kyoto y Osaka. Pero la situación se agrava cuando, en 1614, Tokugawa Ieyasu publica un edicto más represivo y cruel. Los religiosos se ven entonces obligados a servirse de la oscuridad de la noche para evangelizar y animar a los laicos cristianos a participar en la ayuda y protección de los misioneros. Ieyasu muere en 1616 pero Hidetada, su sucesor en el shogunado, intensifica la opresión contra el cristianismo. Poco a poco, las cárceles se van llenando de religiosos: jesuitas, agustinos, franciscanos, dominicos y fervientes laicos cristianos, que sucesivamente serán conducidos al altar del martirio.

Estos misioneros ni siquiera en las cárceles dejaban de evangelizar. Al igual que otros religiosos, los dominicos, no sólo catequizaron a los carceleros bien dispuestos, sino que además escriben cartas y relaciones que envían clandestinamente a Filipinas y a España y que, en la mayoría de los casos, han llegado hasta nuestros días. En los archivos hay un verdadero arsenal de documentos autógrafos que, redactados tanto en libertad como en prisión, constituyen fuentes autorizadas para la historia de las misiones.

Por privilegio especial, los dominicos encarcelados podían admitir a la orden, mediante la profesión, a cristianos de probada fidelidad y piedad. Dado el fervor religioso que se respiraba en la cárcel, no faltaban oficiales que se sentían impresionados y con frecuencia el lugar, más que una prisión, parecía un convento donde convivían religiosos de diversas órdenes. Lo cual no dejaba de ser un testimonio de unidad en la confesión de la fe cristiana. Todos compartían la oración, el dolor, el celo apostólico y las mismas ansias de dar su vida por la fe.

Los mártires dominicos de Japón forman varios grupos. El padre Ceferino Puebla Pedrosa, O.P., los clasifica en tres, el primero de los cuales es el que ahora nos ocupa. El segundo grupo lo forman 19 sacerdotes, profesos y terciarios de la orden dominicana, de los cuales dieciséis fueron canonizados por Juan Pablo II el 18 de octubre de 1987. Al tercer grupo pertenecen setenta y dos laicos relacionados con la misión de los dominicos: terciarios y cofrades del Rosario, catequistas, hospederos y bienhechores, beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867.

Aquí sólo presentamos el primer grupo, cuya memoria se celebra el 10 de septiembre. Está formado por ocho japoneses: Domingo del Rosario, Mancio de Santo Tomás, Domingo de Hyuga, Pedro de Santa María, Mancio de la Cruz, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo; un italiano: Angel Ferrer Orsucci; un belga: Luis Flores, y diez españoles: Alfonso Navarrete, Juan Martínez de Santo Domingo, Tomás de Zumárraga, Francisco Morales, Alonso de Mena, Jacinto Orfanell, José de San Jacinto, Pedro Vázquez, Luis Bertrán Exarch y Domingo Castellet. Todos ellos fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

Jesús González Valles, O.P.